El siglo de Britten

GABRIEL RANGEL PINEDA

Se ha dicho en ocasiones que Inglaterra, la grande y señorial patria de destacados escritores, científicos, políticos, etc., ha tenido a lo largo de su historia solamente dos grandes compositores: Henry Purcell y Benjamin Britten. Esto es sin duda una exageración, ya que, desde tiempos de Purcell e incluso hasta nuestros días, la tierra de Shakespeare ha dado grandes talentos en el campo de la creación musical.

Ciertamente los dos compositores arriba mencionados han marcado una senda que muchos otros han seguido, incluso aquellos no nativos que desarrollaron gran parte de su actividad en Londres, como Händel.

Benjamin Britten nació en 1913, en una familia con inclinación a la música. Su madre era una diletante con cierto talento para ella. En su adolescencia, el joven Britten inició su formación musical siendo aceptado en el prestigioso Royal College of Music, hoy por hoy, la institución de mayor tradición en la enseñanza musical de su país, además de clases particulares con el compositor Frank Bridge.

A los 19 años le es publicada su primera obra, la Sinfonietta Op. 1 para pequeña orquesta, conformada por un quinteto de alientos y otro de cuerdas. Esta obra apunta hacia conexiones con la segunda escuela vienesa, en particular Alban Berg, a quien Britten admiraba y con quien anhelaba continuar sus estudios musicales en Viena, cosa que no consiguió. No obstante lo anterior, en ella encontramos ya lo que sería su lenguaje propio y característico.

Un hecho que sin duda es significativo en la vida de Britten es su encuentro a los 23 años con quien sería su compañero de vida e inspiración para muchos de sus trabajos: el tenor Peter Pears. Quizá en la historia de la música, pocos son los talentos a quien se les ha dedicado tanta obra y han estrenado trabajos con él, o ellos en mente, ejemplo son las óperas: Peter Grimes, Albert Herring, Billy Budd, por mencionar solo algunas.

En 1939, debido a la segunda gran guerra y siguiendo al escritor W. H. Auden, Britten y Pears parten a Norteamérica, para regresar tres años más tarde, momento en el que Britten inicia su período de composición más prolífico, dando como resultado la que quizá podamos considerar su ópera más célebre: Peter Grimes, una obra maestra de orquestación y escritura vocal, de alta demanda para el tenor titular y gran labor de ensamble para el resto de los personajes. Con Grimes, Britten logra componer música que con frecuencia se incluye también en los programas de las grandes orquestas, como es el caso de los Cuatro Interludios Marinos Op.33 a, en los que crea una especie de impresionismo, me refiero a esa característica atmosférica que recrea el ondular de las aguas marinas al que se podríamos nombrar como un impresionismo inglés marítimo.

Britten no dedicó sus esfuerzos solamente a la creación. En 1948 conformó el Festival de Aldeburgh, imán para los grandes talentos de la ejecución y lugar para estrenar obra propia, recordemos que Britten se vio favorecido por la amistad de grandes talentos como el director de orquesta y cellista Mstislav Rostropóvich, su esposa, la soprano Galina Vishnévskaya, el barítono Dietrich Fischer-Dieskau y el guitarrista Julian Bream, entre otros. Aldeburgh pronto se convirtió no sólo en un evento de renombre para la música sino que abarcó literatura, poesía, teatro, conferencias y exposiciones de arte plástico.

Britten continúa trabajando en música de cámara, ballet, ópera, música para instrumento solista, etc., hasta prácticamente el año de su muerte, en 1976 a los 63 años producto de sus afecciones cardiacas. Si pensamos en términos de edades y tiempo de vida promedio para ese año, Britten sin duda fallece prematuramente teniendo seguramente mucha obra aún por escribir.

El campo musical que trabajó Britten es ecléctico, es decir, incluye a los sonidos, las formas y formatos musicales ya existentes y los que se concibieron en el siglo XX. Britten es sin duda un patriota, pero un patriota no en el sentido estricto sino un enamorado de la historia artística de su país, su historia filosófica, literaria, como lo demuestra la música que escribe para el laúd, un instrumento considerado casi muerto y que gracias a él cobra de nuevo relevancia. Por mencionar otros ejemplos citaré sus danzas para Gloriana y el Nocturno para guitarra sobre un tema de Dowland, que recrea el estilo propio de la música isabelina en un conjunto de variaciones que terminan con el tema original del compositor del siglo XVI.

Concluimos que Britten es uno de los compositores más importantes del siglo XX, no sólo de su natal Inglaterra sino del mundo y este 2013, a un siglo de su natalicio, vale la pena aquilatarlo en su justa medida, conocer su música, adentrarse en su mundo que va más allá de solamente interpretar sus notas escritas, buscar el amor al arte en sus distintas disciplinas que, solamente él, pudo traducir a la música de forma por demás asertiva.